

Gabriela Ardilla

Poética.

La poesía no nace del hambre ni vive en ella.

Cuando llega el frío lo primero que quemamos es poesía.

Si estamos solos la bebemos a grandes sorbos y se la escupimos al espejo.

Nace en la adversidad.

¿Cuál es el límite atroz en el que aún puede cultivarse un poema?

¿Hay un margen de dolor y muerte?

En tiempos de guerra nacen muchos poetas.

Es porque no pueden llorar y tienen que desgarrarse las manos.

Los soldados tienen las pupilas secas y las palmas húmedas.

Cuando abrazan a sus hijos y a su esposa les lloran los dedos.

Cuando aprietan el gatillo mojan la pólvora con las uñas.

La poesía sabe cuándo doler y cuándo no, nace desde el lugar más triste del amor,

el único.

Nace del deseo de no tener hambre o frío.
De mi mano rota por no poder sostenerte.

Hay una edad en la que todos somos poetas,
y alguien dice calla y nos asusta y callamos.

Nos enseñaron a callar, a guardar... a ser silencio.
Nos dan miedo las palabras, las escupimos sin saborearlas.
Y si aparece un hilo de silencio volvemos a temer,
se vuelve la afirmación de un inminente desastre:

No tenemos nada que decirnos.

¡Mentira!

Digo poesía cuando me quedo callada y te respiro de lejos.
Digo poesía cuando lloro por la muerte de mi padre y de mi madre.

Digo poesía cuando amanezco en gris y me vuelvo agua.
Digo poesía cuando me encierro a tejer los silencios que he guardado.
Porque somos todas las palabras que nos hemos negado.
Porque incluso los golpes tienen algo de poesía.
Porque la poesía también destruye y quema..

Esta obra está bajo una licencia CC

